



Artículos

Valencia contra Unamuno: ¿Quién tiene derecho a interpretar a Silva?

J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga*
Denison University¹

Resumen: En la historia de la crítica literaria en Colombia, ocupa un lugar especial el artículo en el que Guillermo Valencia reprueba el prólogo de Miguel de Unamuno a las *Poesías* de José Asunción Silva. El artículo de Valencia es algo más que un ajuste de cuentas; es la legitimación de ese modo de hacer crítica literaria que caracterizaría el pensamiento crítico del país en la primera mitad del siglo XX.

Descriptor: Silva, José Asunción; Poesía colombiana; Crítica literaria; Unamuno, Miguel de; Valencia, Guillermo.

Abstract: In Colombia's literary criticism an article by Guillermo Valencia has a prominent position from which he attacks the Unamuno's prologue to the José Asunción Silva's *Poesías*. Valencia's contribution is more than a settling up, it is the legitimation of his way of making literary criticism that characterizes the critical thinking of the country at the first half of the XX century.

Key words: Silva, José Asunción; Colombian poetry; Literary criticism; Unamuno, Miguel de; Valencia, Guillermo.

A comienzos de mayo de 1908, Luis María Holguín, miembro de una familia de patricios y letrados bogotanos, anunciaba desde París la primera edición de los poemas de José Asunción Silva, realizada por la casa editorial de Granada y Cía., y acompañada por un prólogo de don Miguel de Unamuno. Según Holguín, garantizaban el cuidado de la edición los escritores y diplomáticos colombianos Carlos Arturo Torres y Santiago Pérez Triana (“Nacional”). Pérez Triana resi-

* Ph. D en Literaturas Hispánicas, Washington University, St. Louis; profesor de Español en el Departamento de Lenguas Modernas, Denison University, Granville, Ohio 43023, EE.UU. jaramillo@denison.edu; <http://www.denison.edu/~jaramillo>.

¹ El presente trabajo se funda en la diferencia establecida por Baldomero Sanín Cano hacia 1891, entre vida intelectual pública y vida intelectual privada. Dijo Sanín Cano entonces: “Hay sin

día en Europa desde hacía ya varios años y tenía relaciones de amistad con importantes escritores españoles y latinoamericanos. Juan Valera, por ejemplo, había prologado sus *Reminiscencias tudescas* (1902), una colección de cuentos sobre su vida estudiantil en Alemania, y Rufino Blanco Fombona (1908, 255-259) y el mismo Unamuno (1966, 805-808) la habían reseñado muy favorablemente. Unamuno, además, se ufanaba de su amistad con Pérez Triana y, como tantos que lo trataron, llegaba a considerarlo como un conversador extraordinario, dueño de muchas y amenas historias que relataba en un castellano impecable. Es probable que fuera Pérez Triana quien relacionara a Unamuno con Hernando Martínez cuando éste se presentó en Madrid con los manuscritos de Silva y el resuelto interés de publicarlos.

De Hernando Martínez no se tienen noticias. Sólo se sabe de él que era un “colector de los escritos en verso y prosa de Silva” (Unamuno, 1979, 409), un lector devoto, secreto y audaz, que se presentaba de súbito en España llevando consigo el tesoro poético más importante de la Atenas suramericana. Unamuno, por el contrario, era a comienzos del siglo XX una de las personalidades más notables de las letras españolas. En 1895 había publicado *En torno al casticismo*, uno de sus ensayos más influyentes, al que habían seguido una novela, *Paz en la guerra* (1897), una obra de teatro, *La esfinge* (1898), y una reflexión pedagógica, *De la enseñanza superior en España* (1899), que le valieron, entre otras cosas, el nombramiento como rector de la Universidad de Salamanca en 1901. En los años siguientes publicó numerosas obras, entre ellas un austero volumen de *Poesías* (1907).

embargo en Bogotá una distinción que hacer en punto a la vida del alma, y es que hay dos muy distintas y muy fáciles de separar: la vida intelectual pública, en nuestro concepto nula; y la vida intelectual íntima con la cual nos ha favorecido la Providencia. No hay para qué venir a probar que falta la primera donde no hay conferencias, ni periódicos que remuevan y manoseen las ideas contemporáneas, ni cursos públicos, ni centros intelectuales de género alguno. La otra sí es muy generosa y sobre todo muy barata. En Bogotá hay decenas de espíritus cultivados con delicadeza, que llevan cuenta detallada de las elevaciones y depresiones de su *yo* y que siguen el movimiento de los espíritus en la Europa civilizada. Y lo que es más raro y más ventajoso para los bogotanos, el tratar a esta gente es cosa muy fácil y barata. Para tratar en Londres a la gente que está por encima en asuntos de ciencias y de letras es menester un cerebro privilegiado que lo recomiende a uno, o un capitalito que sirva de ‘ábrete sésamo’ para llegar a tan altas regiones. En Bogotá, yo, usted, el primer quisque, emparejamos con Vargas Vega, con Jorge Holguín, con J. Ignacio Escobar, con J. A. Silva o con Carlos Eduardo Coronado y echamos por esas calles a hablar de lo nuevo y de lo trascendental. Esto siquiera es una ventaja entre tan dolorosas miserias” (1891, 5.752). En otras ocasiones me he referido a esta reflexión de Sanín Cano (véase Jaramillo-Zuluaga, 1997 y 1998).

Unamuno se enorgullecía con razón de ser uno de los pocos escritores españoles que se interesaban por las letras latinoamericanas, y tanto así que su primer artículo publicado había sido una reseña sobre el *Martín Fierro* (Chaves, 1970, 1); además, entre 1900 y 1906 se había desempeñado como reseñista de obras latinoamericanas en *La Lectura*, donde tenía una columna, “De literatura hispanoamericana”, que habitualmente reproducían periódicos y revistas como *El Cojo Ilustrado* de Venezuela y *La Nación* y *Caras y Caretas* de Argentina (100). Las únicas personalidades que en el campo de la crítica hubiesen podido compararse con Unamuno en su interés por las letras latinoamericanas y que hubiesen podido escribir un prólogo para las poesías de Silva, eran Juan Valera y Marcelino Menéndez y Pelayo, pero Valera había muerto en 1905 y Menéndez y Pelayo, aunque vivo (moriría en 1912), era un lector ortodoxo, conservador y católico que bien podía juzgar con dureza al poeta suicida. Así pues, si se quería dar a la obra de Silva una dimensión continental, Unamuno era la persona indicada para escribir ese prólogo. Existían dos grandes reparos: el primero de ellos era la prevención, de todos conocida, que Unamuno sentía por la poesía que mostrara alguna influencia de París; el segundo, el que producía tanta indignación entre los letrados bogotanos, era que el hombre más indicado para prologar el libro de Silva era otro, el mentor de Silva, Baldomero Sanín Cano, el crítico cuyo dictamen todos habían esperado por años y que así, de pronto y para siempre, se veía despojado del gran honor de comentar a su poeta.

Unamuno agradecía con razón la oportunidad que Martínez le había puesto delante. Era verdad que lo ignoraba casi todo sobre Silva y sobre el ambiente en que vivió, pero en cambio era el primer lector foráneo que podía juzgar los poemas de Silva. En alguna ocasión había reconocido las limitaciones de comentar una obra latinoamericana sin conocer de primera mano la sociedad en que se había escrito ni la posición que en ella tenía su autor, pero veía también en ello la ventaja de tener una perspectiva más amplia y no contaminada por las rencillas locales (106). De la vida de Silva no podía sino repetir las mismas imprecisiones y fantasías que encontraba en las revistas o que le referían Torres, Martínez o Pérez Triana; así pues, escamoteando hasta donde pudo los detalles biográficos del poeta, prefirió dedicar lo central del prólogo a juzgar los poemas de Silva en lo que decían de su manera de sentir la existencia.² Fue una

2 En una de las cartas de agradecimiento que Unamuno escribió a Martínez le solicitaba algunos detalles biográficos del poeta (Martinengo, 1997, 197). Fue poco lo que consiguió: la noticia de que Elvira había muerto, no meses antes, sino dos o tres años antes de que Silva escribiera el “Nocturno” (200).

decisión acertada. Aunque el prólogo es una obra menor de Unamuno, un tanto deshilvanada en las interpretaciones que propone, los temas que enunció formaron parte de las discusiones sobre la vida y la obra de Silva en los años por venir. Algunos de ellos, es verdad, fueron recibidos con indiferencia y se olvidaron bien pronto, como aquello de la afinidad que podía existir entre Silva y el poeta español Vicente Querol; otros ya eran mencionados rutinariamente por los comentaristas de Silva aunque Unamuno los consideraba de una manera distinta, como aquello de referirse al ambiente bogotano no tanto por la incidencia que tuvo en el suicidio de Silva como por la forma en que aparece sugerido en algunos de sus poemas. En lo esencial, y para cuantos seguían las disputas de Unamuno con el modernismo, el prólogo se aproximaba a una curiosa concesión, la admisión de que lo fundamental de la poesía bien podía residir en la sonoridad de las palabras.

Silva, comenzaba admitiendo Unamuno, había iniciado una renovación de la poesía hispanoamericana y aun de la española, que otros escritores no habían sabido continuar. El modernismo, decía, parecía reducirse a una técnica del verso, a una música verbal que lo dejaba indiferente; en la poesía de Silva, en cambio, encontraba algo difícil de explicar, algo inefable, una música interior: “puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta” (Unamuno, 1979, 409). Y a continuación resaltaba aquellos poemas de Silva que eran música, “música de alas, casi silenciosa, o sin casi” (410). Allí donde le parecía que el poeta había dicho menos, allí era donde encontraba lo mejor de Silva: en la música callada, en el poema del misterio, en el canto evanescente del tiempo y de los seres amados y desaparecidos (412). Para explicar esa evanescencia, Unamuno acudía a la teoría de que Silva no era un poeta erótico y no lo era porque no comunicaba los detalles sensoriales y evidentes que mencionaban otros poetas modernistas. El poeta, explicaba, no había vivido nunca el tiempo del amor erótico y, por el contrario, había pasado sin transición de la infancia a la consideración de la muerte, una consideración que no alcanzaba a articularse en pensamiento sino en música, en honda y misteriosa música. Arriesgando una conclusión, Unamuno dictaminó que Silva era un poeta metafísico.

En cuanto las *Poesías* de Silva salieron publicadas, las ideas de Unamuno que las acompañaban adquirieron una significación que su mismo autor no esperaba. Hasta entonces Unamuno había rechazado en bloque la doctrina estética del modernismo. Apenas un año antes le había escrito una carta a Rubén Darío en la que establecía su posición: “Yo estimo en más que usted pueda crear, su genio poético, aun siendo él tan contrario a muchas de mis aficiones”

(cit. García Blanco, 1964, 63). Ahora el prólogo que acompañaba las *Poesías* de Silva parecía indicar que Unamuno reconsideraba su opinión. En efecto, si era Silva, en su honda música, un poeta metafísico, ¿no significaba esto que en el modernismo podía reconocerse después de todo una poesía de substancia? No pasó mucho tiempo antes de que Unamuno recogiera velas e intentara hacer algunas precisiones. En agosto de ese año publicó un ensayo en *El Cojo Ilustrado* en el que se corregía: Silva no era después de todo un poeta metafísico: si en su poesía se encontraba una preocupación de substancia, era una preocupación articulada con la inocencia de un niño; si sus versos componían una música inefable, se trataba de una música que nadie más había podido reproducir; si en la comparación con otros poetas de su generación Silva adquiría una estatura continental, el modernismo en cambio demostraba su poca solidez, su precario panamericanismo.

Diez años atrás, en 1898, el día en que había recitado “Leyendo a Silva” en el cementerio de los suicidas, Guillermo Valencia había impuesto el sueño de “un libro de corte fino y largo” para los poemas de Silva. Ese libro soñado estaba lleno de primores: sus hojas de papel eran de Holanda, sus letras de oro habían sido ilustradas por maestros pintores, en sus mayúsculas habitaban sinuosas serpientes y por sus amplios márgenes avanzaban lentos y cansados caracoles. En contraste, el libro de *Poesías* que prologó Unamuno en 1908 no era sino un tosco libro en octavo, hecho en papel barato, sin índice y acompañado de algunas rápidas ilustraciones y una sección de “Plumas ajenas” que recogía, irónicamente, desde el poema de Valencia hasta la prosa que un miembro de la legación colombiana en España había leído en la Unión Americana de Madrid (Ory). Más grave aún era el poco cuidado que se había puesto en la edición de los poemas: no aparecían en el orden preciso que su autor hubiera deseado, se encontraban en ellos algunas erratas y aun el ejercicio de un censor que en el “Nocturno I” había sustituido “Desnuda tú en mis brazos” por “Rendida tú a mis súplicas”. Previsiblemente, cuando el libro por fin llegó a las ávidas manos de los letrados bogotanos, fue juzgado como el fruto de una conspiración universal.

Valencia lo consideró de inmediato como una profanación. En un artículo lúcido y furibundo que hizo divulgar a los cuatro vientos en publicaciones como *Popayán*, *El Cojo Ilustrado*, *La Organización*, *Nosotros* y *La Revista Moderna*, describió el prólogo de Unamuno como una violación de la tumba de Silva, como un acto no menos infame que “la pareja de arrabal” que ilustraba el *Nocturno III*. ¿Cómo se atrevía Unamuno a decir que Silva era un poeta sen-

timental? Poemas como “Lázaro”, “Día de difuntos”, “Luz de luna”, “La respuesta de la tierra” y “Un poema” expresaban un pesimismo cruel y refinado que poco tenía de sentimental y que bien podía caracterizarse, muy a la moderna, como un “sadismo intelectual”, como una perseverancia en ciertos temas que poco a poco habían gastado sus energías (Valencia, 1979, 620).³ De igual forma, ¿cómo podía decirse que Silva se había suicidado porque añoraba los días de su infancia? Era verdad que en sus poemas se percibía una conjunción de los temas de la infancia y de la muerte, pero el suicidio de Silva no se debía a una añoranza del pasado, sino más bien a un “aristocratismo radical” (615), a una elevada incapacidad para hacerle concesiones al medio en que le tocó vivir y que acabó por asfixiarlo. En todo se equivocaba Unamuno. Por momentos se podían excusar sus juicios porque se fundaban en el conocimiento de una obra que había llegado a sus manos de modo incongruente, fragmentario y mutilado; pero de ninguna manera se podía aceptar aquello de que Silva había sido un poeta filósofo que no había alcanzado la madurez. La incompreensión, la falta de sensibilidad, era obvia en el escritor español. Para comprobarlo bastaba con ojear el mediocre volumen de *Poesías* que había publicado un año atrás y sobre el que Valencia prometía escribir un artículo inmisericorde. Unamuno no era sino un “crítico estupendo” semejante a aquél que el mismo Silva había satirizado alguna vez: “Le mostré mi poema a un crítico estupendo.../ Y lo leyó seis veces y me dijo ¡No entiendo!”. Un inapelable latín era la última sentencia contra el rector de la Universidad de Salamanca: *quod Natura non dat Salmantica non praestat* (625).

No sólo el latín prestaba eficacia al dictamen de Valencia. También la admiración que inspiraba entre sus conciudadanos, la leyenda de su precocidad, su vida al parecer destinada a gobernar. En el momento en que escribe su diatriba contra Unamuno, Valencia es un hombre de treinta y cinco años, un senador de la República y un reconocido poeta de *Trofeos*, la revista literaria más presti-

3 Aunque Valencia no lo explica, el “sadismo intelectual” de Silva se corresponde con el llamado “método perverso” que seguían los poetas modernos en sus creaciones. En un fino comentario sobre la obra de Silva, el escritor cubano José Manuel Poveda explicó así el “método perverso”: “Para que un libro, un cuadro o un paisaje le impresionen; para hallarse en condiciones de producir unas estrofas, prepara verdaderas orgías sensoriales que exaltan durante unos instantes su imaginación a costa de futuras impotencias que harán cada día más premioso el tratamiento. El sistema nervioso desequilibrado y exacerbado ha de construir desde ahora en derredor del poeta verdaderos paraísos artificiales” (1981, 212). En *L’Ame et l’evolution de la littérature des origines a nos jours*, el crítico francés Georges Dumesnil empleó el concepto de “Método perverso” para explicar el pesimismo de la poesía moderna (1903, 169).

giosa de la época. En los diez años que han transcurrido desde la composición de “Leyendo a Silva”, Valencia se ha establecido como el poeta más importante de Colombia y como uno de sus políticos más influyentes. “Leyendo a Silva” no era el más popular de sus poemas, pero encerraba de modo más dramático, quizás, los dilemas fundamentales de su poética, los difíciles arreglos a que llegó para establecerse en el círculo de los letrados y los gobernantes, esto es, la reducción de la estética decadentista a un decorado, a un gesto inofensivo para la ortodoxia cristiana. Aun las circunstancias en que dio a conocer el poema confirman su sentido de la oportunidad: el 24 de mayo de 1898, el día en que un grupo de intelectuales hacía por primera vez una peregrinación a la tumba del poeta suicida, Valencia declamó los versos que consagraba a Silva y en que se consagraba a sí mismo como su sucesor. ¿Cómo no iba a considerar a Unamuno un intruso quien de tantas maneras se había nombrado a sí mismo como el heredero del poeta desaparecido?

Valencia firmaba su diatriba contra Unamuno con el seudónimo de “Juan Lanás”. Era un seudónimo cuyo origen Unamuno no podía comprender. Valencia lo había tomado de “Egalité...”, un poema irónico y desenfadado que sólo los íntimos de Silva conocían y que permanecería inédito hasta 1912. El poema describía la naturaleza democrática del instinto sexual:

Juan Lanás, el mozo de la esquina,
es absolutamente igual
al Emperador de la China:
los dos son el mismo animal.

En la pluma de Valencia, Juan Lanás era mucho más que el mozo de la esquina; indicaba la facilidad con que un lector local podía refutar al prestigioso rector de la Universidad de Salamanca. No era, por supuesto, un lector cualquiera. Bajo su apariencia democrática acechaba un señor ansioso por establecer su derecho exclusivo a interpretar la poesía. En efecto, al definir las razones que lo asistían frente a Unamuno, Valencia estableció las condiciones sobre las cuales debía operar la crítica literaria en Colombia y, más específicamente, el comentario sobre la obra de Silva. Esas condiciones eran tres: 1) el conocimiento de la obra completa del poeta, de sus manuscritos; 2) el conocimiento minucioso de su biografía; y 3) el conocimiento profundo que se desprendía de haberlo conocido personalmente (Valencia, 1979, 625). En el círculo de los letrados no podían menos de recibirse aquellas condiciones con alborozo. Valencia, dirían, era el único que había sabido interpretar “fielmente” el alma del

poeta (“José Asunción Silva...”, 1909), el “hermano” de Silva (Jaramillo, 1910), el dueño de la verdad, “como todo lo que ha salido por boca del autor” (Manrique Terán, 1909). En las páginas de Valencia veían además su legitimidad restaurada. Después de todo, sólo ellos tenían acceso a los manuscritos del poeta, sólo ellos conocían ciertos detalles de su vida trágica; sólo ellos habían tenido el privilegio de conocerlo a él y a su familia. En adelante, y a lo largo de sus largas vidas, exhibirían el sello que Valencia había estampado en su frente y se referirían al poeta y a su poesía con la autoridad que les daba haberse tropezado con Silva alguna vez en la calle. Les parecía que así restablecían la vida intelectual privada en la que se sentían tan a gusto. Sin duda se engañaban. Algo había cambiado desde el momento en que Hernando Martínez había puesto los manuscritos de Silva en manos de Unamuno, algo que Valencia no podía ver y que la crítica literaria colombiana nunca supo agradecerle ni a Martínez ni a Unamuno: el hecho de que con la publicación de las *Poesías* de Silva, aquellas tertulias de pocos, aquellas conversaciones en el altozano, aquellas especulaciones acerca de la sensibilidad del poeta y de sus hechos, debían ponerse ahora por escrito y enviarse a los periódicos. En la historia de nuestra crítica literaria, el paso de la vida intelectual privada a la vida intelectual pública se realizó de este modo sutil y resentido: si se trataba de establecer el genio del poeta había que hacerlo en el cruce de la lectura de sus poemas con algo a lo que Unamuno no tenía acceso, algo que consideraban más revelador, más económico, más prestigioso: las anécdotas con las que condimentaban sus conversaciones; las anécdotas con las que entretenían a su audiencia y en las que hacían alguna revelación inesperada, las anécdotas que de ahora en adelante publicarían en el aniversario del poeta suicida y en las que Silva aparecía junto a ellos, sus únicos testigos, los dueños de su secreto.

Bibliografía

- Blanco Fombona, Rufino. *Letras y letrados de Hispanoamérica*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1908.
- Chaves, Julio César. *Unamuno y América*. Madrid: Cultura Hispánica, 1970.
- Dumesnil, Georges. *L’Ame et l’évolution de la littérature des origines a nos jours*. Paris: Société Française d’Imprimerie et de Librairie, 1903.
- García Blanco, Manuel. *América y Unamuno*. Madrid: Gredos, 1964.
- Jaramillo, Bernardo. “José Asunción Silva”, en: *Alpha*, 5, 57, septiembre de 1910, 359-361.

- Jaramillo-Zuluaga, J. Eduardo. "Artes de la lectura en la ciudad del águila negra: la lectura en voz alta y la recitación en Santafé de Bogotá a fines del siglo XIX", en: *Revista Iberoamericana*, 64, 184-185, 1998, 471-484; rpd. en: *Crítica y ficción*. Bogotá: Magisterio, 1998, 151-173.
- _____. "El arte de la *causerie* en la Atenas suramericana", en: *El Malpensante*, 1, 3, 1997, 80-85.
- "'José Asunción Silva' de Guillermo Valencia" (Nota del Editor), en: *La Organización*, 22 de enero de 1909, 3.
- Manrique Terán, Guillermo [Guimat]. "Notas", en: *El Nuevo Tiempo Literario*, 21 de febrero de 1909, 456-457.
- Martinengo, Alessandro. "Papeles inéditos de Miguel de Unamuno referentes a la edición de las poesías de Silva", en: *Thesaurus*, 16, 3, 1961, 740-745; rpd. en: Juan Gustavo Cobo Borda (ed). *Leyendo a Silva*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997, t. III, 195-203.
- "Nacional", en: *La Organización*, 12 de mayo de 1908, 3.
- Ory, Eduardo de. "El divino Silva", en: *Alpha*, 7, 75-76, agosto de 1912, 82-87.
- Poveda, José Manuel. "José Asunción Silva", en: *La Independencia*, 2 de julio de 1910; rpd. en: *Prosa*. La Habana: Letras Cubanas, 1981, t. II, 211-215.
- Sanín Cano, Baldomero. "Entre académicos", en: *El Telegrama*, 28 de agosto de 1891, 5.752.
- Silva, José Asunción. *Poesía y prosa*. (Juan Gustavo Cobo Borda, Santiago Mutis Durán, eds.). Bogotá: Colcultura, 1979.
- Unamuno, Miguel de. "Prólogo" (1908), en: José Asunción Silva. *Poesía y prosa*. Bogotá: Colcultura 1979, 409-418.
- _____. "Siete relatos de un colombiano", en: *Obras completas*. Madrid: Escelicer, 1966, t. IV, 805-808.
- Valencia, Guillermo. "José Asunción Silva" (1908), en: José Asunción Silva. *Poesía y prosa*. Bogotá: Colcultura, 1979, 611-625.